

¿Seguiremos siendo amigos?

Paula Danziger

Ilustraciones de Tony Ross



loqueleo

Uno

Dentro de exactamente diez minutos, todos los alumnos de nuestra clase vamos a subir al avión para ir de viaje a China.

Yo, Ámbar Dorado, soy una alumna de tercer curso y estoy muy emocionada.

Mi mejor amigo, Justo Daniels, se va a sentar a mi lado.

Ahora mismo está sentado en el pupitre de al lado haciendo de despertador.

Lo único que oigo es un suave tic tac, pero estoy absolutamente supersegura de que ya tiene pensado hacer alguna otra cosa.

Siempre que nuestra clase va a volar a algún lugar lejano nos sentamos juntos.

De hecho, llevamos sentándonos juntos desde que nos conocimos en preescolar, pero ésa es otra historia.

No es nada fácil encontrar mi pasaporte y los boletos, porque yo, Ámbar Dorado, soy una alumna de tercero muy desordenada.

Saco rápidamente las cosas de mi pupitre —el cuaderno en el que voy a escribir sobre el viaje, medio paquete de chicles de fresa, mis calcomanías, dos cintas para el pelo, siete gomas de borrar, once clips, dos cuadernos de ejercicios y, finalmente, mi pasaporte y los boletos, que he metido en una caja decorada



especialmente por mí (la verdad es que le puse un montón de calcomanías).

—¡Riiin, riin! ¡Cu-cu! —empieza a decir Justo, mientras se columpia para adelante y para atrás.

Entonces le pego en la cabeza con el pasaporte y los boletos.

—¿Y ahora, qué estás haciendo?

—Soy un despertador de reloj cucú y me alcancé las plumas de la cola —dice Justo, que no para de columpiarse.

Cuando una tiene a Justo Daniels de mejor amigo, la vida es superdivertida.



Lo mismo pasa con mi maestro, el señor Coten.
—Dispónganse a abordar.

Y el señor Coten apaga y enciende las luces para que sepamos que se ha acabado una actividad y está a punto de empezar otra.

Hemos puesto todas las sillas de la clase en fila para que parezca un avión de verdad, con pasillos para caminar y un sitio para el piloto, el copiloto y los auxiliares de vuelo.

El señor Coten siempre es el piloto. Él dice que sólo es porque ninguna otra persona de nuestra clase tiene licencia de conducir, pero yo sé cuál es la verdadera razón por la que siempre hace de piloto: es porque quiere asegurarse de que lleguemos adonde tenemos que llegar. Una vez dejó que Ricardo Curton hiciera de piloto, y cuando aterrizamos, Ricardo anunció que nos había llevado a Disneylandia en lugar de a Zaire.

Así que ahora el señor Coten siempre es el piloto, y elige cada vez niños diferentes para que hagan de copilotos y auxiliares de vuelo.

Cuando me toque a mí quiero ser copilota. No quiero tener que repartir bolsitas de cacahuates,

porque hay algunos niños que son unos necios y hacen ruidos como los monos al comer los cacahuates, y otras bobadas también.

Pero Justo no hace bobadas. Él y yo pasamos el tiempo leyendo la revista *Tercero B en vuelo*. (Entre todos escribimos los artículos). También hacemos el crucigrama que inventa el señor Coten.

Bueno, la verdad, si hay que ser sincera, a veces Justo también hace ruidos de mono.

Ahora la clase se ha puesto en fila, esperando a que el señor Coten revise los pasaportes.



Ana Burton se queda mirando la foto de su pasaporte.

—Es una foto horrorosa. No sé por qué no nos dejaron traer una foto de casa.

Cada vez que empezamos a estudiar un país, nos vamos “volando” a conocerlo y, todas y cada una de las veces, Ana se queja de la foto que tiene en el pasaporte.

—Pues estás muy guapa —le digo, mirando la foto.

Todos tenemos las fotos que nos tomaron en el colegio, menos Brenda Colvin, quien empezó las clases cuando ya nos las habían tomado. El pasaporte de Brenda lleva una foto que le tomó el señor Coten con su propia cámara.

—Soy muy guapa —me corrige Ana— pero en esta foto estoy horrorosa.

Hago como que no oí lo que dijo.

—Ya sabes que el señor Coten quiere que nuestros pasaportes de mentiritas parezcan de verdad. Acuérdate de cuando nos enseñó su pasaporte de verdad. Estaba horrible, y tampoco es tan feo.

Ana hace una mueca y sonrío.

—Ámbar, sólo porque a ti se te olvidó aquel día que nos iban a tomar las fotos, y en la tuya parece que al salir de la cama te pusiste lo primero que encontraste y te peinaste con el rastrillo del jardín, no significa que a los demás no nos importe cómo salimos en nuestra foto.

Me fijo en la foto de Ana. Lleva su largo pelo rubio muy bien peinado con un pasador de colores muy bonito.

Me fijo en mi foto.

Ojos castaños y nariz pecosa... El pelo, castaño, está un poco despeinado y lo llevo sujeto con dos bolitas.

Voy vestida con ropa de diario. De hecho, llevo mi ropa favorita: una camiseta muy larga que me trajo mi tía Pamela de un viaje a Londres y unas mallas negras. (Aunque no se ven, me acuerdo de qué pantalones llevaba. Yo, Ámbar Dorado, tengo muy buena memoria).

No estoy tan fea. Es verdad que se me olvidó que ese día iban a tomarnos las fotos. Y eso que el señor Coten nos lo dijo un millón de veces y

lo escribió dos millones de veces en el pizarrón para que no se nos olvidara.

Es que soy un poco despistada.

Pero Ana Burton no tiene toda la razón. Yo no me peino con el rastrillo del jardín. Puede que a veces me peine con los dedos, pero nunca con un rastrillo.

—A mí sí me gusta tu foto —me dice Justo con una sonrisa—. Estás clavadita. No estás como solemos verte, sino como realmente eres.

—Quieres decir desordenada —dice Ana riéndose.

Me gustaría arrancarle esa estúpida diadema que lleva en la cabeza.

—Ni se te ocurra —me dice Justo, deteniendo mi brazo.

Me encanta que Justo casi siempre adivine lo que estoy pensando, porque también yo casi siempre sé lo que él está pensando.

El señor Coten nos revisa los pasaportes, comprueba los pases de abordar y Mario Fortunato nos conduce a nuestros asientos.